I Trimestre de 2012
Vislumbres de nuestro Dios

Lección 11
17 de Marzo de 2012

Dios como Artista

Gilberto G. Theiss

Versículo para Memorizar: “Una cosa he demandado a Jehová, esta buscaré: que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová” (Salmo 27:4).

Pensamiento clave: Miguel Ángel, Beethoven, Mozart y otros grandes artistas recibieron de Dios el don para revolucionar el mundo a través del arte.

Beethoven pudo haber compuesto la Novena Sinfonía y otras bellas piezas musicales que enmarcaron su carrera, pero la pregunta que surge es: ¿Quién creó a Beethoven? Mozart también pudo haber encantado al mundo con sus composiciones, pero ¿quién creó a Mozart? Miguel Ángel asombró al planeta con sus pinturas, pero ¿quién creó a Miguel Ángel?

Dios es el mayor Artista que ha existido jamás, pues además de haber creado el arte, trajo al mundo a los que hicieron del arte una revolución y belleza. Lo bello es la marca distintiva de la creación de Dios, pues en esencia, ya sea en una simple flor, en el canto de un pájaro o en la misteriosa estructura del amor, todos revelan en profundidad el carácter de Dios. Hasta Darwin no dejó de admirar la extraordinaria belleza de la pluma de un pavo, o la complejidad del ojo humano. ¿Y qué diría este ilustre científico si hubiera podido conocer en sus días la complejidad del ADN?

Notemos que en toda la vasta creación de Dios podemos percibir detalles de un verdadero Pintor, Diseñador, Músico, Escultor, Arquitecto, etc… El Creador procuró manifestar, en todo lo que hizo, y sin duda alguna, su más bello arte fue el ser humano. En toda la creación, el ser humano fue el único dotado con la capacidad de materializar el arte de manera racional, el único ser en este mundo capaz de producir sus propias melodías y practicar el diseño artístico traslucido en encanto y belleza. Todo esto porque fuimos hechos a imagen y semejanza del mayor de todos los artistas: Dios, el creador del arte.

Dios como Alfarero

Isaías 64:8; Génesis 1:26, 27, 31; 2:7; Jeremías 18:3-10; Isaías 64:5-8; Salmo 51:10

En cierta ocasión, quedé absorto ante las habilidades de un alfarero al hacer con arcilla un jarrón decorado con impresionantes detalles. La forma en cómo manipulaba la masa de arcilla demostraba dominio y control absoluto de lo que estaba fabricando con sus manos. Al final, lo que pudimos ver era un hermoso jarrón que parecía haber sido construido con una máquina moderna. Dios, el gran Alfarero, a diferencia de los demás, en la creación del hombre, prefirió ensuciarse las manos con el barro. El Omnipotente hizo, a partir de la tierra, su obra de arte más perfecta. La palabra *adamah*, (*tierra* en hebreo), es la que dio origen a al nombre de la humanidad, *adam*, presentando en ese nombre sus verdaderas raíces y la esencia de su existencia.

El resultado fue impresionante. De las manos del Creador –el gran Alfarero– surgió aquello que Él mismo llamaría "muy bueno", y que representaría su carácter aquí en la tierra. Sin embargo, aunque sea hermoso saber que fuimos moldeados físicamente por las manos de Dios, aún más maravilloso es saber que las mismas manos que nos moldearon en la Creación son las mismas manos que hoy desean reconstruir nuestras vidas. La obra de re-creación puede –y debe– ser hecha por Dios en la vida de los que buscan y desean que tal obra se concrete.

Elena G. de White considera que "El Alfarero no puede moldear y modelar para honra lo que nunca ha sido colocado en sus manos. La vida cristiana es una vida de entrega diaria, de sumisión y continuo triunfar. Cada día se ganarán nuevas victorias. El yo debe perderse de vista, y el amor de Dios debe cultivarse continuamente. Así crecemos en Cristo. Así la vida se forma de acuerdo con el modelo divino" (Exaltad a Jesús, Meditaciones matinales 1992, p. 59).

Si hay un tiempo en el que las manos del gran Alfarero deben moldear nuestras vidas, ese tiempo es ahora. Dios pretende transformar las vidas de aquellos que lo representarán hacia el fin de los tiempos. El carácter del pueblo de Dios, de los sinceros, está pasando ahora por las manos del Alfarero Celestial. Recordemos que, sin Dios, aun estando vivos, no pasaremos de ser mero barro; con Dios, dejamos de ser barro para ser seres vivos de Dios.

Dios como Arquitecto

Éxodo 25:1-9; Hebreos 8:1-5

La belleza es una de las marcas registradas de Dios. Podemos nítidamente observar este hecho en todos los pormenores de la Creación. Hasta una simple hormiga puede presentar rasgos de belleza si observamos con atención hacia los detalles. Pero el tema no es la naturaleza en sí misma, sino otro tipo de naturaleza, la del santuario con sus lecciones arquitectónicas de salvación.

Todo en aquél Templo móvil construido en la época de Moisés era bello. Los cortinados con sus diseños, los objetos, el Arca, las vestiduras del sacerdote, la disposición geométrica del campamento, en todo había belleza, incluso en la estética del ritual. Está claro que, todo lo que había sido proyectado, seguía a rajatabla el modelo que les había sido

mostrado en el monte. Pero la pregunta que podría surgir es: ¿Cuál era el objeto de tanta belleza y estética en la construcción del tabernáculo?

Hay por lo menos cuatro motivos que pueden responder esta pregunta.

1) Dios deseaba estar cerca del pueblo. A través del santuario, Dios se manifestaba y estaba presente en medio del pueblo. El Santuario era la representación más contundente de la relación que Dios deseaba mantener con el pueblo, del modo más cercano. 2) El Santuario presentaba la salvación en Cristo. Todo en el tabernáculo se enfocaba en la redención del hombre a través de Cristo. El cordero y todo lo demás en aquél tabernáculo conducía a las familias al único Medio capaz de redimirlos. 3) El santuario contaba la historia del conflicto entre el bien y el mal. Cada detalle del gran conflicto entre Cristo y Satanás podía ser comprendido en todos los ritos, festividades, Ley y lecciones de lo que allí sucedía. Aunque todos esos detalles pintan al santuario de manera estéticamente bella, la hermosura es algo que forma parte de la esencia de Dios, y este detalle es la cuarta razón.

Todo lo que Dios proyecta, determina y crea, está lleno de belleza, estética y extrema calidad visual. De no ser por el pecado, todo en esta tierra causaría asombro y admiración, pues Dios continuaría haciendo de este mundo un lugar repleto de maravillas.

Dios como Músico

1 Crónicas 23:5; 2 Samuel 23:1, 2; 29:25

La música sacra es símbolo de belleza, encanto y poder. La música parece estar presente en todo. Los pájaros cantan, los grillos cantan, los sapos cantan y hasta el viento provoca sonidos. Un estudio hecho por expertos en genética presentó que hasta el ADN contiene estructuras musicales. Parece que el Autor de la Creación intencionalmente colocó música en cada partícula de su obra. Con el hombre no podía ser diferente, pues fue dotado con la capacidad de crear, apreciar y emocionarse con la música. Todo esto indica un hecho grandioso: Dios es el Autor y el mayor de todos los músicos. Todo lo que Él trae a la existencia, de algún modo parece tener alguna esencia de música.

Tenemos en David a un ejemplo de un músico por excelencia que reconoció en sus alabanzas la grandeza divina. Él sabía que Dios era la verdadera razón de sus habilidades y de las canciones que componía. En el Antiguo Testamento, no sólo David, sino cualquier músico poseía talentos otorgados por Dios. La liturgia estaba compuesta de músicas y alabanzas definidas por Dios. Este hecho demuestra que Dios apreciaba y aprecia ser adorado a través de la buena música. En el templo había un grandioso coro compuesto de cuatro mil voces que entonaban alabanzas a Dios y centenares de instrumentos de cuerda. La música allí parece haber sido una poderosa herramienta de adoración. Todos sus detalles seguían las normas establecidas por el Creador.

Está claro que en el Templo, la música no era la que Israel había traído de Egipto. Con el tiempo fue quitando las costumbres paganas y mundanas de la liturgia de Israel, y para la inauguración del santuario, toda y cualquier mundanalidad parece haber sido separada de la buena música separada para el templo y para el propio Dios. Hasta los instrumentos musicales utilizados seguían un criterio divino y no humano (2 Crónicas 29:25, 26).

Dios como Autor
Romanos 11:33-36

Aunque la Biblia llegó a la existencia por la intervención de cerca de 40 escritores, sabemos claramente que hubo sólo un Autor. Dios inspiró a los hombres que escribieron esos libros. Hay un intervalo de aproximadamente 1.600 años entre el primer escritor (Moisés) y el último (Juan). La mayoría de los escritores no se conocieron entre sí, pues nacieron en lugares diferentes, y en épocas distintas. Aunque no se hayan conocido, mantuvieron una unidad de pensamiento impresionante. Esto, sin tener en cuenta que vivieron en culturas diferentes y bajo paradigmas distintos. No hay contradicciones, pensamientos que se oponen entre sí y mucho menos incoherencias.

Está claro que la respuesta a tal unidad está en Dios. Él es el Autor original y verdadero. Aunque los profetas hayan escrito utilizando su propio modo de comunicarse, el contenido sigue a rajatabla el pensamiento de Dios. Ningún libro es tan especial como la Biblia, pues es la autoría divina lo que lo diferencia de los demás libros históricos existentes. La autoría de otros libros comunes está en hombres falibles, pero la autoría de los libros bíblicos está en Dios, el Ser infalible.

El que estudia la Biblia diligentemente logra percibir la inspiración bíblica cuando se encuentra con declaraciones impresionantes. Hay belleza en las páginas de la Escrituras que no se encuentran en ningún otro libro. La estética escriturística de este libro es capaz de impresionar al hombre más dotado en escritura erudita. La Biblia, al mismo tiempo que se presenta como libro erudito, es para el más simple investigador un libro de una simplicidad inigualable, pues el Espíritu Santo interpreta y se comunica con la mente sincera, sea erudita o no.

Dios como Escultor
Génesis 32:22-30; Salmo 51; Lucas 22:31, 32; Hechos 9:1-22

Con facilidad quedamos encantados con las obras humanas. ¿A quién no le asombran las obras hechas en el monte Rushmore, por ejemplo, o las edificaciones en Dubai, el puente sobre el río Niteroi en Brasil, la estatua de la Libertad, o incluso obras más antiguas como el Coliseo romano, las pirámides de Egipto y la Gran Muralla de China? Si tenemos sensibilidad para impresionarnos con las construcciones hechas por manos humanas, ¿qué podemos decir de las obras hechas por las manos de Dios?

¿Cómo no asombrarse con las esculturas naturales? ¿Dudarías de la existencia de Dios al contemplar en una playa una bella puesta de sol o en el nacimiento de una hermosa criatura? ¿Y qué decir de los vívidos colores de una hermosa rosa o una orquídea? Son tantas las obras magníficas de Dios que si yo enumerar y las comentara, ni miles de enciclopedias alcanzarían.

Sin embargo, las obras más magníficas y majestuosas de las manos de Dios no son las que están en la naturaleza, sino en el corazón de los seres humanos. ¿Quién, sino Dios, sería capaz de transformar a un/a alcohólico/a, violador/a, criminal, prostituta y drogadicto/a en personas libres y de carácter transformado? ¿Quién, además de Dios, puede hacer de un hombre de “mecha corta” un ser lleno de bondad, paciencia y amor? ¿Quién, sino Dios, puede realizar lo imposible en una vida masacrada por el pecado? La mayor

de todas las obras se hace en la propia vida de una persona. El Espíritu Santo realiza una obra de arte en el corazón de las personas, haciéndolas semejantes, en carácter, a Dios. El mayor milagro no está en las obras externas, sino en las internas, en el corazón. El mayor milagro no es resucitar o sanar personas, sino en llevarnos al arrepentimiento y la conversión. Eso sí es difícil, y una auténtica obra de arte.



Gilberto G. Theiss

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática